

## LA AVENTURA DE LA FILOSOFÍA FRANCESA

Comencemos estas reflexiones acerca de la filosofía francesa contemporánea con una paradoja: aquella por la cual lo más universal es también, al mismo tiempo, lo más particular. Hegel daba a esto el nombre de «universal concreto», la síntesis de lo que es absolutamente universal, que pertenece a todas las cosas, con aquello que tiene un espacio y un tiempo particulares. La filosofía es un buen ejemplo. Absolutamente universal, se dirige a todo el mundo, sin excepción; sin embargo, dentro de la filosofía existen poderosas particularidades culturales y nacionales. Existen los que podríamos llamar momentos de filosofía, en el espacio y en el tiempo. De esta suerte, la filosofía es tanto un objetivo universal de la razón como, al mismo tiempo, algo que se manifiesta en momentos completamente específicos. Consideremos el ejemplo de dos instancias filosóficas particularmente intensas y de todos conocidas. En primer lugar, la de la filosofía griega clásica entre Parménides y Aristóteles, desde los siglos v al III a. d.C.: un momento sumamente inventivo, fundacional, y en el fondo efímero. En segundo lugar, la del idealismo alemán entre Kant y Hegel, pasando por Fichte y Schelling: otro momento filosófico excepcional, que abarca desde finales del siglo XVIII hasta principios del siglo XIX, intensamente creativo y condensado dentro de un arco temporal aún más corto. Me propongo defender una nueva tesis histórica y nacional: ha habido –o hay, depende de dónde me coloque a mí mismo– un momento filosófico francés en la segunda mitad del siglo XX que, salvando todas las distancias, resiste la comparación con los ejemplos de la Grecia clásica y de la Alemania de la Ilustración.

La obra capital de Sartre, *El ser y la nada*, fue publicada en 1943, mientras que el último escrito de Deleuze, *¿Qué es la filosofía?*, data de principios de la década de 1990. El momento de la filosofía francesa se desarrolla entre ambos, e incluye a Bachelard, Merleau-Ponty, Lévi-Strauss, Althusser, Foucault, Derrida y Lacan, así como a Sartre y Deleuze, y acaso a mí mismo. El tiempo lo dirá; no obstante, si aceptamos la existencia de ese momento filosófico francés, mi posición tal vez sería la de su último representante. Por «filosofía francesa contemporánea» se entiende la totalidad de este *corpus*, situado entre la contribución pionera de Sartre y las últimas obras de Deleuze. Sostendré que constituye un nuevo mo-

mento de creatividad filosófica, tan particular como universal. El problema consiste en identificar ese empeño. ¿Qué ocurrió en Francia, en la filosofía, entre 1940 y el final del siglo xx? ¿Qué ocurrió alrededor de los diez o más nombres citados más arriba? ¿A qué llamábamos existencialismo, estructuralismo, deconstrucción? ¿Hubo una unidad histórica e intelectual de ese momento? De ser así, ¿de qué tipo?

Abordaré estos problemas de cuatro formas diferentes. En primer lugar, los orígenes: ¿de dónde procede ese momento, cuáles fueron sus antecedentes, de dónde nació? A continuación, ¿cuáles fueron las principales operaciones filosóficas que llevó a cabo? En tercer lugar, la cuestión fundamental acerca de la relación de estos filósofos con la literatura, así como la conexión más general entre la filosofía y la literatura dentro de esta secuencia. Por último, la discusión continua a lo largo de todo este periodo entre la filosofía y el psicoanálisis. Orígenes, operaciones, estilo y literatura, psicoanálisis: cuatro modalidades en el intento de definir la filosofía francesa contemporánea.

### *Concepto y vida interior*

Para pensar en los orígenes filosóficos de este momento necesitamos volver a la división fundamental que se produjo dentro de la filosofía francesa a comienzos del siglo xx, con el surgimiento de dos corrientes contrapuestas. En 1911, Bergson pronunció dos célebres conferencias en Oxford, que fueron publicadas en su compilación *La pensée et le mouvant*. En 1912 –esto es, simultáneamente– Brunschvicg publicaba *Les étapes de la philosophie mathématique*. En vísperas de la Gran Guerra, estas intervenciones dan fe de la existencia de dos orientaciones completamente distintas. En Bergson encontramos lo que podríamos denominar una filosofía de la interioridad vital, una tesis acerca de la identidad entre ser y devenir; una filosofía de la vida y el cambio. Esta orientación persistirá a lo largo del siglo xx, hasta Deleuze incluido. En la obra de Brunschvicg, encontramos una filosofía del concepto matemáticamente fundado: la posibilidad de un formalismo filosófico del pensamiento y de lo simbólico, que a su vez continúa a lo largo del siglo, en particular en Lévi-Strauss, Althusser y Lacan.

Así pues, desde principios del siglo xx, los filósofos franceses presentan un carácter dividido y dialéctico. Por un lado, una filosofía de la vida; por el otro, una filosofía del concepto. Este debate entre vida y concepto será absolutamente central en el periodo posterior. En tal discusión está en juego la cuestión del sujeto humano, en la que precisamente coinciden las dos orientaciones. Al mismo tiempo organismo viviente y creador de conceptos, el sujeto es interrogado en referencia tanto a su vida interior, animal y orgánica, como en lo que atañe a su pensamiento, a su capacidad para la creatividad y la abstracción. De esta suerte, la relación entre cuerpo e idea, o entre la vida y el concepto, formulada en torno a la cuestión del sujeto,

estructura todo el desarrollo de la filosofía francesa del siglo xx, desde la oposición inicial entre Bergson y Brunschvicg en adelante. Si nos servimos de la metáfora de Kant acerca de la filosofía como campo de batalla, en la que somos todos combatientes más o menos exhaustos, podríamos decir que durante la segunda mitad del siglo xx, las líneas de batalla continuaron formándose esencialmente en torno a la cuestión del sujeto. En este sentido, Althusser define la historia como un proceso sin sujeto, y el sujeto como una categoría ideológica; Derrida, cuando interpreta a Heidegger, considera el sujeto como una categoría de la metafísica; Lacan crea un concepto del sujeto; Sartre o Merleau-Ponty, por supuesto, conceden un papel absolutamente central al sujeto. Así, pues, una primera definición del momento filosófico francés se daría en términos del conflicto en torno al sujeto humano, toda vez que lo que fundamentalmente está en juego en este conflicto es la relación entre vida y concepto.

Por supuesto, podríamos remontarnos mucho más atrás en la búsqueda de los orígenes, si describimos la división de la filosofía francesa como una escisión en torno al legado cartesiano. En un sentido, puede leerse el momento filosófico posterior a la Segunda Guerra Mundial como una discusión épica acerca de las ideas y del significado de Descartes, en tanto que inventor filosófico de la categoría del sujeto. Descartes fue un teórico tanto del cuerpo físico –del animal-máquina– como de la reflexión pura. Le preocupaba, pues, tanto la física de los fenómenos como la metafísica del sujeto. Todos los grandes filósofos contemporáneos han escrito sobre Descartes: Lacan, en efecto, hace un llamamiento para una vuelta a Descartes; Sartre escribe un texto notable acerca del tratamiento cartesiano de la libertad; Deleuze permanece implacablemente hostil. En definitiva, hay tantos Descartes como filósofos franceses del periodo de posguerra. Una vez más, este origen proporciona una primera definición del momento filosófico francés como una batalla conceptual en torno a la cuestión del sujeto.

### *Cuatro operaciones*

Consideremos ahora la identificación de las operaciones intelectuales comunes a todos estos pensadores. Destacaré cuatro procedimientos que, a mi juicio, ilustran nitidamente una modalidad de hacer filosofía específica de ese momento; en cierto sentido, todos son metodológicos. La primera operación es alemana o, para ser más exactos, es una operación francesa sobre los filósofos alemanes. Toda la filosofía francesa contemporánea es también, en realidad, una discusión del legado alemán. Sus momentos formativos incluyen los seminarios de Kojève sobre Hegel, a los que asistió Lacan y que también influyeron sobre Lévi-Strauss, así como el descubrimiento de la fenomenología en las décadas de 1930 y 1940, gracias a las obras de Husserl y Heidegger. Sartre, por ejemplo, modificó radicalmente sus perspectivas filosóficas después de leer a estos autores en su lengua original durante su estancia en Berlín. Derrida puede ser considerado, ante todo, como un intérprete completamente original

del pensamiento alemán. Nietzsche fue una referencia fundamental tanto para Foucault como para Deleuze.

Así, pues, los filósofos franceses fueron a buscar algo en Alemania, a través de la obra de Hegel, Nietzsche, Husserl y Heidegger. ¿Qué estaban buscando? En una frase: una nueva relación entre concepto y existencia. Tras los numerosos nombres que aquella búsqueda adoptó –deconstrucción, existencialismo, hermenéutica– descansa un objetivo común: la transformación o el desplazamiento de esa relación. La transformación existencial del pensamiento, la relación del pensamiento con su subsuelo vivo, despertaba un interés apremiante en los pensadores franceses que se esforzaban por resolver esta cuestión central de su propio legado. Ésta es, pues, la «operación alemana», la búsqueda de nuevas modalidades de tratamiento de la relación entre el concepto y la existencia mediante el recurso a las tradiciones filosóficas alemanas. Asimismo, dentro del proceso de traducción al campo de batalla de la filosofía francesa, la filosofía alemana se vio transformada en algo completamente distinto. Esta primera operación, pues, es, en efecto, una apropiación francesa de la filosofía alemana.

La segunda operación, no menos importante, atañe a la ciencia. Los filósofos franceses aspiraban a arrebatar la ciencia al dominio exclusivo de la filosofía del conocimiento demostrando que, en tanto que modo de actividad productiva o creativa, y no sólo objeto de reflexión o cognición, iba más allá del ámbito del conocimiento. Interrogaban a la ciencia en búsqueda de modelos de invención y transformación que la inscribieran como una práctica de pensamiento creativo, comparable a la actividad artística, antes que como la organización de un fenómeno revelado. Esta operación de desplazamiento de la ciencia desde el campo del conocimiento al de la creatividad, y en última instancia de acercamiento estrecho al arte, encuentra su expresión suprema en Deleuze, que explora la comparación entre la creación científica y artística en sus aspectos más sutiles e íntimos. Pero empieza mucho antes de él, como una de las operaciones constitutivas de la filosofía francesa.

La tercera operación es política. Todos los filósofos de este periodo aspiraban a un compromiso a fondo de la filosofía con la cuestión de la política. Sartre, el Merleau-Ponty de la posguerra, Foucault, Althusser y Deleuze eran activistas políticos; del mismo modo que acudieron a la filosofía alemana en busca de una nueva aproximación al concepto y la existencia, dirigieron su atención a la política en busca de una nueva relación entre el concepto y la acción; la acción colectiva en particular. Este deseo fundamental de involucrar a la filosofía con la situación política transforma la relación entre concepto y acción.

La cuarta operación tiene que ver con la modernización de la filosofía, en un sentido completamente distinto de la jerga utilizada por las sucesivas administraciones gubernamentales. Los filósofos franceses dieron muestras de una profunda atracción por la modernidad. Seguían muy de cerca los desarrollos artísticos, culturales y sociales. Había un fuerte interés

filosófico por la pintura no figurativa, la nueva música y el teatro, las novelas de detectives, el jazz y el cine, así como un deseo de que la filosofía tuviera que ver con las expresiones más intensas del mundo moderno. Asimismo, la sexualidad y los nuevos modos de vida fueron objeto de una atención entusiasta. En todo esto, la filosofía buscaba una nueva relación entre el concepto y la producción de formas: artísticas, sociales o formas de vida. De esta suerte, la modernización era la búsqueda de una nueva modalidad de aproximación filosófica a la creación de formas.

En definitiva: el momento filosófico francés abarcó una nueva apropiación del pensamiento alemán, una visión de la ciencia como creatividad, un compromiso político radical y una búsqueda de nuevas formas en el arte y en la vida. A través de estas operaciones se despliega el intento común de encontrar una nueva posición, o disposición, para el concepto: el desplazamiento de la relación entre el concepto y su entorno externo mediante el desarrollo de nuevas relaciones con la existencia, el pensamiento, la acción, y con el movimiento de las formas. La novedad de esta relación entre el concepto filosófico y el entorno externo constituye la innovación más considerable de la filosofía francesa del siglo xx.

### *Escritura, lenguaje, formas*

La cuestión de las formas, y de las íntimas relaciones entre la filosofía y la creación de formas, fue de una importancia crucial. Ni que decir tiene que esta cuestión planteaba el problema de la forma de la filosofía misma: no se podía desplazar el concepto sin inventar nuevas formas filosóficas. De esta suerte, se hacía necesario no sólo crear nuevos conceptos, sino transformar el lenguaje de la filosofía. Esto inspiró una alianza singular entre la filosofía y la literatura, que ha sido una de las características más impresionantes de la filosofía francesa contemporánea. Por supuesto, se trata de una larga historia. Las obras de los que en el siglo xviii fueron conocidos como *philosophes* –Voltaire, Rousseau, Diderot– son clásicos de la literatura francesa; en cierto sentido, estos escritores son los antecesores de la alianza de la posguerra. Hay numerosos autores franceses que no pueden ser clasificados exclusivamente en la filosofía o en la literatura; Pascal, por ejemplo, es una de las grandes figuras de la literatura francesa y al mismo tiempo uno de los pensadores franceses más profundos. En el siglo xx, Alain, prácticamente un filósofo clásico y sin lugar en el momento que aquí nos preocupa, estuvo estrechamente ligado a la literatura; el proceso de la escritura era muy importante para él, y escribió numerosos comentarios acerca de novelas –sus textos sobre Balzac son sumamente interesantes– y sobre la poesía francesa contemporánea, sobre Valéry en particular. Dicho de otra manera, incluso las figuras más convencionales de la filosofía del siglo xx francés pueden ilustrar esta afinidad entre la filosofía y la literatura.

Los surrealistas también desempeñaron un papel importante. Eran demasiado impacientes como para remover las relaciones que atañen a la produc-

ción de formas, a la modernidad, a las artes; querían inventar nuevas formas de vida. Aunque el suyo era en gran medida un programa estético, preparó el camino para el programa filosófico de las décadas de 1950 y 1960; tanto Lacan como Lévi-Strauss frecuentaron los círculos surrealistas, por ejemplo. Se trata de una historia compleja, pero si los surrealistas fueron los primeros representantes de una convergencia entre los proyectos estéticos y filosóficos en la Francia del siglo xx, en las décadas de 1950 y 1960 corresponde a la filosofía la invención de sus propias formas literarias en un intento de encontrar un vínculo expresivo directo entre el estilo y la presentación filosófica, y el nuevo posicionamiento del concepto que proponía.

En este estadio asistimos a un cambio espectacular en la escritura filosófica. Cuarenta años después, tal vez nos hemos acostumbrado a la escritura de Deleuze, Foucault, Lacan; hemos perdido el sentido de la extraordinaria ruptura que supuso con respecto a los anteriores estilos filosóficos. Todos estos pensadores estaban decididos a encontrar su propio estilo e inventaron un nuevo modo de crear prosa; querían ser *escritores*. Si leemos a Deleuze o Foucault, uno encuentra algo que carece completamente de precedentes en el ámbito de la frase, un vínculo entre el pensamiento y el movimiento de la frase que resulta completamente original. Hay un ritmo nuevo y afirmativo y una sorprendente capacidad inventiva en las formulaciones. En Derrida hay una paciente y complicada relación del lenguaje con el lenguaje, a medida que el lenguaje trabaja sobre sí mismo y el pensamiento pasa a través de ese trabajo a las palabras. En Lacan uno entabla un combate con una sintaxis deslumbrantemente compleja que sólo se asemeja verdaderamente a la sintaxis de Mallarmé, y que es por ende poética, abiertamente.

Así, pues, hubo una transformación de la expresión filosófica y un esfuerzo para desplazar las fronteras entre filosofía y literatura. Hemos de recordar –otra innovación– que Sartre también era novelista y dramaturgo (como es mi caso). La especificidad de este momento en la filosofía francesa habrá de jugarse en diferentes registros del lenguaje, desplazando las fronteras entre filosofía y literatura, y entre la filosofía y el drama. Podríamos decir incluso que uno de los objetivos de la filosofía francesa ha consistido en la construcción de un nuevo espacio desde el que escribir, en el que la literatura y la filosofía serían indistinguibles; un dominio que no sería ni la filosofía especializada, ni la literatura en cuanto tal, sino más bien el hábitat de una especie de escritura en la que ya no sería posible desentrañar la filosofía de la literatura. Dicho de otra manera, un espacio en el que ya no hay una diferenciación formal entre el concepto y la vida, ya que la invención de esta escritura consiste en última instancia en dar una nueva vida al concepto: una vida literaria.

### *Con y contra Freud*

Al fin y al cabo, el envite de esa invención de una nueva escritura es la enunciación del nuevo sujeto; de la creación de esta figura dentro de la fi-

lososofía, y de la reestructuración del campo de batalla en torno a la misma. El sujeto ya no puede ser el sujeto racional y consciente que nos llega de Descartes; no puede ser, por usar una expresión más técnica, el sujeto reflexivo. El sujeto humano contemporáneo ha de ser algo más turbio, más mezclado con la vida y con el cuerpo, más extensivo que el modelo cartesiano; más semejante a un proceso de producción, de creación, que concentra fuerzas potenciales mucho mayores en su seno. Con independencia de que reciba o no el nombre de sujeto, esto es lo que la filosofía francesa ha intentado encontrar, enunciar, pensar. Si el psicoanálisis ha sido un interlocutor, la razón de ello reside en que éste era también, en esencia, una nueva proposición acerca del sujeto. Lo que Freud introdujo con la idea del inconsciente fue la noción de un sujeto humano que es mayor que la conciencia, que contiene la conciencia, pero no se restringe a la misma; tal es el significado fundamental de la palabra «inconsciente».

La filosofía francesa contemporánea ha emprendido, por lo tanto, una conversación de largo alcance con el psicoanálisis. Este intercambio ha sido un drama de gran complejidad, sumamente revelador en y de sí mismo. El asunto en litigio era, en lo fundamental, la división de la filosofía francesa entre, por un lado, lo que llamaría un vitalismo existencial, que comienza con Bergson y pasa desde luego por Sartre, Foucault y Deleuze, y por el otro, un formalismo conceptual, procedente de Brunschvicg y que continúa a través de Althusser y Lacan. Ambos senderos se cruzan en torno a la cuestión del sujeto, que en última instancia podría definirse, en términos de la filosofía francesa, como el ser que porta el concepto. En cierto sentido, el inconsciente freudiano ocupa el mismo espacio; el inconsciente, a su vez, es algo vital o existente que, sin embargo, produce o porta el concepto. ¿Cómo puede una existencia portar un concepto, cómo puede algo ser creado a partir de un cuerpo? Si ésta es la cuestión central, podemos ver por qué la filosofía se ve arrastrada a intercambios tan intensos con el psicoanálisis. Por supuesto, siempre hay cierta fricción donde los objetivos comunes son perseguidos con medios diferentes. Hay un elemento de complicidad –*hacéis lo mismo*– pero también de rivalidad: lo hacéis de forma diferente. La relación entre la filosofía y el psicoanálisis dentro de la filosofía francesa es justamente de este tipo, de competencia y de complicidad, de fascinación y de hostilidad, de amor y de odio. De ahí que no cause sorpresa que el drama entre ambos fuera tan violento y tan complejo.

Tres textos claves nos dan una idea de ello. El primero, tal vez el ejemplo más claro de esta complicidad y de esta competencia, procede del comienzo de la obra que Bachelard publicó en 1938, *La psychanalyse du feu*. Bachelard propone un nuevo psicoanálisis basado en la poesía y el fuego, un psicoanálisis de los elementos: fuego, agua, aire y tierra. Podría decirse que Bachelard intenta aquí sustituir la inhibición sexual freudiana por el ensueño, para demostrar que este último es una categoría más amplia y abierta. El segundo texto procede del final de *El ser y la nada*, donde Sartre, a su vez, propone la creación de un nuevo psicoanálisis, que contrasta el psicoanálisis «empírico» de Freud con su propio (y se deduce

que es más adecuado desde el punto de vista teórico) modelo existencial. Sartre trata de sustituir el complejo freudiano –la estructura del inconsciente– por lo que denomina la «elección original». Para él, lo que define al sujeto no es una estructura, neurótica o perversa, sino un proyecto fundamental de la existencia. Nos encontramos de nuevo ante una instancia ejemplar de complicidad y de rivalidad asociadas.

El tercer texto procede del capítulo 4 del *Anti-Edipo* de Deleuze y Guattari. Aquí, el psicoanálisis ha de ser reemplazado por un método que Deleuze denomina esquizoanálisis, en abierta competencia con el análisis freudiano. Para Bachelard, se trataba más de ensoñación que de inhibición; para Sartre, del proyecto antes que del complejo. Para Deleuze, tal como explica el *Anti-Edipo*, se trata de construcción antes que de expresión; su principal objeción al psicoanálisis es que no hace más que expresar las fuerzas del inconsciente, cuando debería construirlo. Llama explícitamente a la sustitución de la «expresión freudiana» por la construcción, que constituye la tarea del esquizoanálisis. Resulta como poco sorprendente encontrar a tres grandes filósofos, Bachelard, Sartre y Deleuze, que proponen sustituir el psicoanálisis por su propio modelo.

### *Senderos de grandeza*

Por último, un momento filosófico se define por su programa de pensamiento. ¿Qué podríamos definir como rasgo común de la filosofía francesa de la posguerra en términos, no de sus obras o de su sistema o incluso de sus conceptos, sino de su programa intelectual? Por supuesto, los filósofos implicados son figuras muy diferentes, que enfocarían ese programa con distintas modalidades. No obstante, allí donde se tiene a una cuestión principal, reconocida por todos, se tiene un momento filosófico, desarrollado mediante una gran diversidad de medios, textos y pensadores. Podemos resumir los principales puntos del programa que inspiró la filosofía francesa de posguerra del modo siguiente:

1. Acabar con la separación entre concepto y existencia, dejar de contraponerlos; demostrar que el concepto es una cosa viviente, una creación, un proceso, un acontecimiento y, en cuanto tal, que no está divorciado de la existencia;
2. Inscribir la filosofía dentro de la modernidad, lo que asimismo significa arrebatársela a la academia y ponerla en circulación en la vida cotidiana. La modernidad sexual, la modernidad artística, la modernidad social: la filosofía debe comprometerse con todas ellas;
3. Abandonar la oposición entre filosofía del conocimiento y filosofía de la acción, la división kantiana entre la razón teórica y la práctica y demostrar que el conocimiento mismo, incluido el conocimiento científico, es en realidad una práctica;

4. Situar la filosofía directamente dentro de la arena política, sin pasar por el desvío de la filosofía política; inventar lo que podríamos llamar el «militante filosófico», y hacer de la filosofía una práctica militante en su presencia y en su modo de ser: no sólo una reflexión sobre la política, sino una verdadera intervención política;

5. Recuperar la cuestión del sujeto, abandonar el modelo reflexivo, y de tal suerte discutir con el psicoanálisis, en rivalidad con el mismo y, de ser posible, mejorándolo;

6. Crear un nuevo estilo de exposición filosófica y, por lo tanto, competir con la literatura; en el fondo, reinventar en términos contemporáneos la figura del filósofo-escritor del siglo XVIII.

Tal es el momento filosófico francés, su programa y su gran ambición. Para identificarlo más aún, su deseo esencial –pues toda identidad es la identidad de un deseo– fue el de convertir a la filosofía en una forma activa de escritura que sería el medio para el nuevo sujeto. Y, en esa misma medida, acabar con la imagen meditativa o profesoral del filósofo; hacer del filósofo algo distinto de un sabio o de un rival del sacerdote. Antes bien, el filósofo aspiraba a convertirse en un escritor-combatiente, un artista del sujeto, un amante de la invención, un militante filosófico; éstos son los nombres del deseo que atraviesa este periodo: el deseo de que la filosofía actúe en nombre propio. Todo esto me recuerda una frase que Malraux atribuye a De Gaulle en *Les chênes qu'on abat* [Los robles del Altemburg]: «La grandeza es un camino que conduce a algo que uno desconoce». Fundamentalmente, el momento filosófico francés de la segunda mitad del siglo XX proponía que la filosofía debía preferir ese camino a los objetivos que conocía, que debería elegir la acción o la intervención filosófica por encima de la sabiduría o la meditación. Ha sido una filosofía sin sabiduría, algo que hoy sirve de reproche en su contra.

Sin embargo, el momento filosófico francés estaba más interesado en la grandeza que en la felicidad. Queríamos algo completamente especial y en efecto problemático: nuestro deseo era el de ser aventureros del concepto. No buscábamos una clara separación entre la vida y el concepto, ni la subordinación de la existencia a la idea o a la norma. En su lugar, queríamos que el concepto mismo fuera un viaje cuyo destino no teníamos por qué conocer necesariamente. Tras la época de aventuras suele llegar, por desgracia, la época del orden. Esto puede ser comprensible: hubo un lado pirata en esta filosofía, o un lado nómada, como diría Deleuze. Sin embargo, «aventureros del concepto» podría ser una fórmula que nos reconcilie a todos; por ello diré que hubo en Francia, en el siglo XX, un momento de aventura filosófica.